

CARLOS SALEM

✠ Pero sigo
siendo el rey

Prólogo de Juan Ramón Biedma

ED | DE
SALTO | PÁGINA

✠ Pero sigo
siendo el rey

Para África y Nabel

Pour Claude Mesplède, parce-que lui est aussi un amoureux des
«rancheras».

Y para Morgana K., que no se deja frenar ni siquiera por sí misma.

I

*Yo sé bien que estoy afuera
pero el día que yo me muera
sé que tendrás que llorar.
Llorar y llorar.
Llorar y llorar.
Dirás que no me quisiste
pero vas a estar muy triste
y así te vas a quedar.*

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ, *El rey*

Nunca me interesó el fútbol

El tipo de la foto tiene cara de no haber metido un gol en toda su vida. Arrojo el expediente sobre la mesa y me odio durante medio cigarrillo. Llevo dos años fuera del cuerpo y sigo pensando como un policía. Sigo calibrando a la gente por su apariencia. Sigo juzgando a los demás para evitar juzgarme a mí mismo.

Desde el gran ventanal, a mi espalda, el sol indeciso de diciembre intenta iluminar el despacho. Dentro de unos minutos, cuando se declare vencido, las luces automáticas se encenderán de forma gradual. Y yo no logro acostumbrarme a todo esto. «Un despacho inteligente, Txema», dijo Legrand, mi socio, cuando me convenció. Todo este lujo de halógenos, alfombras de primera calidad y cuadros indescifrables de artistas en ascenso me hace sentir incómodo. «Pero a Claudia le hubiera gustado», remató Legrand. Tenía razón: a Claudia le hubiera gustado.

Y a mí me gustaba Claudia. Cuando Claudia estaba viva.

Pero no quiero pensar en Claudia cuando falta poco más de una hora para el encuentro sexual con Olivia. Resolveré el caso del tipo con cara de no haber metido un gol en toda su vida y luego buscaré entre las piernas de Olivia algo que perdí hace mucho tiempo y entre otras piernas.

Pero antes tengo que visitar a una amiga.

Subo la intensidad de las luces con el mando a distancia, abro el cajón de mi escritorio y saco el minúsculo *tupper*. Lo destapo y camino hasta un extremo del despacho. Cerca de la esquina, voy dejando caer diminutas migas de pan empapadas en agua y miel. Y espero.

Poco después se asoma. Es pequeña y renegrida. Ha salido de la unión casi invisible de los rodapiés de madera noble. Avanza con determinación hacia la ofrenda y, después de varios intentos, la carga sobre su lomo. Empieza a cruzar el despacho hacia la otra esquina. Nunca he comprendido por qué no vuelve a entrar por el mismo sitio en vez de recorrer una distancia que para ella será enorme. Pero, ¿quién sabe lo que piensa una hormiga? Apareció cuando llevaba varios meses sembrando de migas las esquinas del despacho y me ayuda a soportar esta decoración de vanguardia, esta vida acomodada y aséptica. Juraría que es la misma hormiga. Siempre la misma. Los expertos dirán que es imposible, pero qué coño saben los expertos.

Vuelvo a mi mesa. En la foto del expediente laboral de GARROD International, el tipo sigue teniendo cara de no haber metido un gol en toda su vida. Parece encogido, como si supiera lo que se le viene encima. Se llama como yo, José María. Y sólo el cambio de ubicación de una sílaba en nuestros apellidos impide que seamos tocayos completos.

José María Aguirre.

Tiene mi edad, compartimos signo del zodiaco y un vago parecido físico. Pero él tiene cara de no haber metido un gol en toda su vida y yo... A mí nunca me interesó el fútbol. Casado hace veinte años, con un hijo de diez, vive en Vallecas y tardó bastante en acabar la carrera, aunque con excelentes calificaciones. Ha participado en cuanto seminario y curso de actualización le permiten sus ingresos y el tiránico horario de GARROD International. Reviso en el ordenador otros expedientes de la empresa. Como imaginaba, Aguirre está más cualificado que sus jefes para el negocio de importación-exportación, pero lo han relegado al puesto de

Subjefe de Consumibles Internos. Traducción: es el encargado de surtir a las sucursales de bolígrafos, folios, tinta para las impresoras y el resto de artículos de oficina.

Lo han jodido, sí. Pero no me da ninguna lástima. Nadie lo obligó a robar.

Y nuestro contrato con GARROD consiste en una suma mensual casi escandalosa por figurar como empresa colaboradora, más un plus demasiado alto por cada caso concreto del que nos ocupemos. Aguirre es el primero.

—Mala suerte, tocayo —murmuro. Y sigo leyendo.

Alguno de los jefazos ha detectado una desviación del 0,3 por ciento en el gasto de oficina. Material que se repone antes de tiempo, cosas así. Y la mujer de Aguirre tiene una pequeña papelería en Vallecas, seguramente asfixiada por la proximidad de los centros comerciales. Una de esas papelerías de barrio en las que tus clientes te invitan a las comuniones de sus hijos y te van pagando a plazos lo que compran. Todavía quedan papelerías así. Pocas, pero quedan.

Calculo que sacaré un sobresuelo mensual de cien o ciento cincuenta euros vendiendo a sus vecinos lo que se lleva de la empresa. Lo justo para pagar la luz del local o las clases de inglés del niño, «que en estos tiempos, si no estudias desde pequeño, no llegas a ninguna parte, y si no, mira a papá».

Ciento cincuenta euros al mes. La minuta de Investigaciones Arregui por empapelarlo y dar ejemplo costará a su empresa más que tres años de trapicheos de mi tocayo. Él lo pagará más caro. Mucho más. El mundo está lleno de imbéciles dispuestos a joderse la vida por ciento cincuenta euros.

Mi hormiga amiga sólo ha recorrido un metro de moqueta. Busco un número en la agenda y hablo con Blanes, acaso el único cliente de la agencia con el que puedo tratar sin sentir que acaricio una serpiente. La mayoría son del tipo GARROD, empresas voraces a las que sólo les interesa contar con mis supuestos *contactos* y *relaciones*. Jodidos contactos. Jodidas relaciones. Jodida medalla que nunca pedí.

Cuelgo después de prometer a Blanes que en breve iré a cenar a su casa. Tiene una familia encantadora y me tratan como a uno más. Pero no soy uno más. Y me deprimen las familias. En especial las que son felices.

Localizo el número del móvil en el expediente. Él ya estará en algún bar, fabricándose una sonrisa aceptable para volver a casa. Suena tres veces y descuelga. Un tipo diligente, José María Aguirre. O un tipo asustadizo:

—Diga.

—Coja un papel y un lápiz. Rápido.

—¿Cómo? ¿Quién habla?

—Uno que podría ser usted, de no ser por una sílaba cambiada de sitio en el apellido. Pero por suerte no lo soy. Y no sé cuál de los dos es el afortunado.

—¿Es una broma?

—No, Aguirre, no es una broma. Y como no haga lo que le digo, se le va a caer el pelo. Papel y lápiz. Ya. Y disimule.

Me odio cuando uso ese tono policial, pero no se puede negar que es efectivo.

—Ya lo tengo. Pero no entiendo...

—Ya entenderá. Apunte.

Le dicto una dirección. Hago que la repita en voz alta.

—Perfecto. Ahora se acaba su copa, se fuma un cigarrito y...

—Dejé de fumar hace un año —se disculpa.

—Mejor. En la cárcel el tabaco cuesta a precio de oro...

—¿Cá-cárcel?

—Sí. Adonde iré a parar si no hace lo que le digo. Dentro de diez minutos salga del bar con cualquier excusa y vaya a la papelería. Dele un beso a su mujer. Luego cierre, baje la cortina metálica, busque tres bolsas grandes de basura y meta dentro el material mangado de su empresa...

—¡Oiga, pero qué está diciendo!

—Que lo han pillado, Aguirre. Los de GARROD no se conformarán con echarlo a la puta calle. Y si deja alguna prueba, lo mandan al talego o lo dejan marcado de por vida. Meta las bol-

sas en el maletero del coche, vaya a su casa y recoja también todo lo que tenga allí, hasta el último clip. No dé explicaciones ni se muestre nervioso. Haga lo mismo con lo que haya regalado a sus sobrinos, a sus mejores amigos y hasta a su cuñadita la menor, que está tan buena...

—¿Cómo sabe que mi cuñada...?

—Todo español casado tiene derecho a una cuñada que esté buena y a la que desear en la distancia, sobre todo en verano. Está en la Constitución. O debería. Pero no se me distraiga, Aguirre. Cuando haya recogido todo, salga a dar un paseo en el coche hasta la otra punta de Madrid y vaya dejando las bolsas en diferentes contenedores. Con naturalidad.

—¿Y después?

—Mañana vaya al trabajo y no se asuste, aunque lo interroguen. Tampoco se ofenda demasiado: nadie se queja tanto como un culpable. Hoy es miércoles, ¿verdad? El viernes dé parte de enfermo y preséntese en la dirección que le dicté. A las once. Pregunte por el señor Blanes. Él le dará trabajo. Es un empresario mediano, de importación-exportación. Uno que no le joderá la vida.

—Yo... Gracias. Si puedo hacer algo por usted...

—Sí. Trabajar allí, hacer lo que sabe y dejar de mangar chorradas. Como a este hombre le falte un sólo boli, le meto por el culo toda la producción nacional de Bic. ¿Qué color de tinta prefiere: azul o negro?

Esboza una protesta, la deja a medias. Tampoco intenta contarme su vida.

—No lo defraudaré. Si alguna vez puedo devolverle el favor...

—Puede sacarme de una duda. ¿Usted, cuando era joven, jugó al fútbol?

Su voz cobra brío y pierde años grises de repetir «Sí señor».

—¡Claro, de eso me conoce! Sí, jugué en divisiones inferiores, en el Rayo. Decían que tenía una carrera prometedora y

que los ojeadores del Madrid no se perdían un partido mío. Hasta tengo un balón firmado por Butragueño...

—Y usted, ¿metió muchos goles?

—¿Goles? ¿Es que no se acuerda? Yo era portero... Pero de los buenos. Sufrí una lesión grave, en la pierna, y tuve que dejarlo cuando ya me estaban por fichar para Primera. Como Julio Iglesias.

—Al menos usted no se dedicó a cantar —digo. Y cuelgo.

La hormiga ha descontado treinta centímetros de su colosal recorrido. La veo avanzar, pequeña, decidida y viva, y pienso en ponerle un nombre. Pero ya he jugado bastante a Dios por un día. Observo cómo cruza el despacho con la lentitud de los minutos que me faltan para follar con Olivia.

Entonces se abre la puerta y entra el tipo bien vestido.

Demasiado bien vestido.

Me mira desafiante y declara:

—Lo sé todo sobre usted.